

EL CAMINO HACIA LA GLORIA

EL HOMBRE

A la imagen de Dios

Nos diferenciamos de todas las demás criaturas vivientes que nos rodean en la tierra en que estamos, de forma más o menos consciente, bajo la acción de Dios. Éste es el carácter distintivo del hombre. El Dios creador de todas las cosas lo ha hecho a su imagen. No se limitó a darle la existencia por medio de su palabra todopoderosa, sino que lo formó y sopló en él “aliento de vida”. De él hizo un ser privilegiado que mantenía relación con él, y le dio señorío sobre todas las otras criaturas.

La chispa de vida fue puesta en nosotros por el soplo de Dios de manera que no se puede apagar. “Y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7). Si bien nuestro cuerpo debe

volver al polvo, nuestra alma, la parte inmateral de nuestro ser, es indestructible. Lo que nos pone por encima del mundo animal no es solamente nuestra inteligencia y nuestro lenguaje, sino también ese sentimiento de una supervivencia más allá de la muerte y la aspiración hacia la deidad que se encuentran en todos los pueblos.

Dios, quien tenía eternos pensamientos de gracia hacia el hombre, desde siempre quiso revelarse a él, y lo hizo de múltiples y diversas maneras: conversó directamente con él en los primeros tiempos de la humanidad; le dio en las cosas creadas un testimonio constante que le permitiera discernir, por medio de la inteligencia, Su potestad eterna y Su divinidad; por último, hizo consignar por escrito, mediante santos hombres conducidos por el Espíritu Santo, sus declaraciones sucesivas; y ahora la compilación completa de esas comunicaciones, que constituye la Santa Biblia, es la fuente segura de la cual podemos beber para conocer el pensamiento de Dios. La Biblia entera, y la Biblia únicamente, tiene para nosotros la autoridad indiscutible de la PALABRA DE DIOS. Tan sólo a ella tenemos que recurrir para ser enseñados sobre nuestras relaciones con Dios.

La caída, la muerte, el juicio

La criatura sólo puede estar en una relación de dependencia respecto a su creador. La Biblia nos dice que al primer hombre Dios sólo le prohibió una cosa. Puesto en Edén, un jardín de delicias, Adán disponía libremente de todo, salvo del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, del cual no debía comer bajo pena de muerte. Pero, cedió a las sugerencias de Satanás, infringió la prohibición, y así introdujo el pecado en el mundo (Génesis 3).

Esta desobediencia era un desprecio por la palabra de Dios, un desafío a su autoridad. Dios no pudo menos que poner en ejecución su justa sentencia. Con el pecado, la muerte –que es su salario– entraba en el mundo, y después de Adán pasó a todos sus descendientes, “por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12). En todo hombre hay una profunda tendencia a obrar contrariamente a la voluntad de Dios; eso es «el pecado», oculta fuente de todos «los pecados»: hechos, palabras, sentimientos que infringen la voluntad divina.

El hombre debe dar cuenta a Dios de toda su conducta (Romanos 14:12). La nueva facultad, adquirida por la desobediencia, ha hecho

de él un ser responsable que sabe discernir el bien y el mal, pero incapaz de practicar el bien y de abstenerse del mal. Su propia naturaleza, heredada de Adán, a la que la Biblia llama “la carne”, no puede someterse a la ley de Dios (Romanos 8:7).

No obstante, la muerte, a la cual el hombre es sometido justamente, debido a su condición de pecador, no es el definitivo arreglo de cuentas. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”, declara solemnemente la Palabra de Dios (Hebreos 9:27).

Morir en sus pecados (Juan 8:24), **comparecer en juicio ante Dios**, cargado de sus pecados, ¡qué terrible perspectiva! Es lo que da a la muerte su carácter tan temible y la hace el “rey de los espantos” (Job 18:14). El hombre, sobrecogido de terror, trata de persuadirse de que no hay Dios, de que después de la muerte no hay más que la nada; y Satanás, siempre engañador, hace que la pobre criatura se aferre a sus pensamientos de incredulidad.

Pero las negaciones del hombre no disminuyen en nada la verdad de Dios. Y la Biblia describe de antemano la escena de ese juicio: “Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado

en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Ésta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:11-15).

¿Se encamina usted hacia ese terrible desenlace, querido lector? ¿No hay ningún medio para escapar de él? ¿No es cuestión de un libro de vida? ¿Quién puede tener su nombre escrito en ese registro de salvación? Seguramente sólo aquellos que por ningún pecado tienen que responder. Pero la Biblia declara inexorablemente: “No hay justo, ni aun uno”; “no hay diferencia, por cuanto todos pecaron” (Romanos 3:10, 22-23).

Y el testimonio de nuestra conciencia viene a hacer eco a las declaraciones divinas. Sin embargo, tratamos de minimizar nuestras

faltas, de encontrarles excusas, de establecer un paralelo a nuestro favor con otros más culpables que nosotros. Es en vano, ya que no tenemos que habérnosla con un juicio humano, sino con la justicia absoluta de Dios. Estamos infinitamente lejos de poder responder a ella; estamos, pues, perdidos, sin recurso en nosotros mismos; no merecemos más que una eternidad de infortunio lejos de Dios.

LA VÍCTIMA EXPIATORIA

El Cordero de Dios

Pero este libro de vida, en el cual haría falta estar inscrito para escapar a la condenación, en otro pasaje del Apocalipsis (13:8) lleva este nombre significativo: “El libro de la vida del Cordero que fue inmolado”. El que detenta el libro de la vida es el Cordero de Dios que fue inmolado y pasó por la muerte como víctima santa por nosotros, para pagar el salario de nuestro pecado; Cristo “se presentó”, nos es dicho, “por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (Hebreos 9:26).

Dios, quien es santo, no puede pasar por encima del pecado sin castigarlo: “De ningún

modo tendrá por inocente al malvado”. Pero ese mismo Dios es el Dios de amor, “misericordioso y piadoso” (Éxodo 34:7, 6), el que “halló redención” (Job 33:24), es decir, un medio para ser propicio al pecador sin dejar de ejecutar el juicio sobre el pecado de éste. ¿Dónde lo encontró? No, por cierto, entre los hombres, ya que “ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate” (Salmo 49:7). No hay ningún recurso en esos seres, todos pecadores, que tienen que responder individualmente por una terrible culpabilidad.

Entonces ese Dios que es amor “envió a su Hijo unigénito al mundo... en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:8-10). ¡Qué amor incomprensible, qué gracia insondable! El amado Hijo del Padre, el objeto de sus eternas delicias, era el Cordero, la ofrenda por el pecado, “sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo” (1 Pedro 1:19). Desde la eternidad era el recurso de Dios para solucionar la miseria del hombre. En el momento conveniente Dios lo envió; y él mismo, plenamente de acuerdo con el Padre, se presentó diciendo: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hebreos 10:9).

Éste era en el principio con Dios. Él mismo era Dios, Creador y Sostén de los mundos (Juan 1:1-3; Hebreos 1:2-3; Colosenses 1:16-17); y en su persona “Dios fue manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16). “Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres” (Filipenses 2:7).

Entró en este mundo como entran los hombres, naciendo como un niño, pero desde antes de su nacimiento fue proclamado Hijo de Dios y fue anunciado al mismo tiempo como Salvador mediante su nombre, ya que “Jesús” significa “Jehová salvador” (Lucas 1:31-32, 35; Mateo 1:21). El Hijo de Dios, que vino para salvar, vivió una vida de hombre, siendo inmutablemente Dios al mismo tiempo que verdaderamente hombre. Es el misterio insondable de la encarnación, pues “nadie conoce al Hijo, sino el Padre” (Mateo 11:27; Lucas 10:22).

En Jesús había por fin un hombre perfecto en la tierra, sin pecado, quien sólo vivía para cumplir la voluntad de Dios y glorificarlo. Dios pudo proclamar dos veces: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17; 17:5). Pero esta vida de perfección según el poder del Espíritu Santo no era suficiente para dar a los hombres la salvación. Al contrario, su santidad ponía en evidencia la

impiedad de ellos. Jesús era “la luz verdadera”, aquella “que alumbra a todo hombre venía a este mundo” (Juan 1:9). “Y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Juan 3:19). Al mismo tiempo, Jesús era la manifestación del amor de Dios, y los hombres respondieron a este amor con el odio. Rechazaron al enviado de Dios. Jesús podía decir al término de su carrera: “Han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre” (Juan 15:24).

Este odio hasta los llevó a clavar en una cruz, para hacerlo morir, al santo Hijo de Dios. Colmaron así su iniquidad y echaron sobre sí la más terrible culpabilidad cuando gritaron: “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos” (Mateo 27:25). ¿Qué esperanza había todavía para el hombre? Seguramente ninguna. Y precisamente en esta situación extrema brilla de la manera más resplandeciente la gracia infinita de Dios y su amor por el pecador.

El sacrificio de la cruz

Si bien el amado Hijo del Padre vino como hombre a este mundo, no fue solamente para llevar una vida perfecta, toda ella para gloria

de Dios, sino para cumplir por medio de su muerte la obra de nuestra salvación. Ningún hombre podía pagar el rescate por otros, estando él mismo ya condenado. Sólo Jesús podía pagarlo, y vino para hacerlo. “El Hijo del Hombre” –decía, designándose a sí mismo con ese título– “no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28; Marcos 10:45).

Él, sin pecado, podía morir por los demás, pagar por el pecado de ellos. Él participó de carne y sangre, es decir, asumió nuestra humanidad con el fin de lograr, por medio de su muerte, nuestra liberación (Hebreos 2:14). “Mas para esto he llegado a esta hora”, dijo también en Juan 12:27.

Los hombres le dieron muerte, y a este respecto, la culpabilidad de ellos es total. Pero sólo pudieron hacerlo porque él mismo se entregó y se dejó crucificar por ellos. “Yo pongo mi vida... Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar” (Juan 10:17-18). Puso “su vida en expiación por el pecado” (Isaías 53:10). Era la víctima voluntaria que se cargaba a sí misma con nuestras faltas; y “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6). La justicia de

Dios exigía que Jesús padeciese el castigo debido a estos pecados que había cargado sobre sí. Y ése es el aspecto supremo del sacrificio de la cruz.

Jesús primeramente padeció los dolores del terrible suplicio al cual lo sometieron los hombres, al mismo tiempo que su corazón fue quebrantado por el oprobio. Pero infinitamente más terribles todavía fueron los sufrimientos de la expiación, los sufrimientos que le fueron infligidos por Dios mismo a causa de nuestros pecados.

La expiación

Durante tres horas las tinieblas envolvieron la tierra y, en el aislamiento de esta obscuridad, el Salvador padeció todo lo que merecían los pecados de los cuales voluntariamente se había hecho cargo. “Porque me han rodeado males sin número; me han alcanzado mis maldades, y no puedo levantar la vista. Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazón me falla”, dice proféticamente (Salmo 40:12).

Él, el Santo, el Justo, “por nosotros lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21). Aquel que como hombre había vivido en continua comunión

con su Dios, fue abandonado. Su infinito corazón padeció en esas tres horas lo que debió ser nuestro eterno castigo. Hacia el final de las horas de tinieblas resonó su clamor de angustia: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46; Marcos 15:34).

¿Por qué? Para que seres enteramente culpables, salvados por gracia, pudiesen ser librados del desamparo, es decir, de la eterna separación de Dios, la cual debía haber sido la justa parte de ellos.

La obra cumplida

El juicio estaba ejecutado. Aquel que había tomado nuestro lugar bajo el juicio expió las faltas de las cuales voluntariamente se hizo cargo. Pudo proclamar: “Consumado es” (Juan 19:30). Entraba en la muerte para pagar enteramente lo que merecía el pecado. Pero entraba como vencedor, pues del cuerpo de Cristo muerto salieron sangre y agua cuando la lanza de un soldado romano le abrió el costado (Juan 19:34). Era la garantía de una obra perfecta: el agua, emblema de la purificación, anunciaba que los pecados de ahí en adelante podrían ser quitados; la sangre, signo de la

expiación cumplida, daba fe de que las exigencias de la justicia de Dios estaban satisfechas.

A la mañana del tercer día, Dios dio testimonio de la plena suficiencia del sacrificio de su Hijo, resucitándolo de entre los muertos. Jesús mismo se presentó vivo a sus discípulos, dándoles durante cuarenta días las pruebas seguras de su resurrección (Hechos 1:3). Y los testimonios irrefutables de ese hecho esencial abundan (1 Corintios 15:3-8).

Desde entonces Dios puede obrar en gracia. Al pecador perdido le ofrece la salvación gratuita por la cual Jesús pagó en la cruz. Al hombre enemigo le anuncia el mensaje de paz: “Reconciliaos con Dios” (2 Corintios 5:20). “Porque Cristo... murió por los impíos... Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”. Así es como “Dios muestra su amor para con nosotros” (Romanos 5:6, 8).

¿Se puede despreciar tal amor? El amor de Dios, quien, para salvar a seres miserables como nosotros, sometió a su unigénito Hijo al juicio y a la muerte ¿nos dejará indiferentes? “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (Hebreos 2:3).

LA SALVACIÓN POR LA FE

La gracia ofrecida

¿A quién le es ofrecida esta gracia? Al pecador perdido. Si lo es al pecador perdido, lo es a todos, puesto que todos somos pecadores. “Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”, dijo Jesús (Lucas 5:31-32). Si usted no está convencido de su culpabilidad ante Dios, si no está horrorizado ante la perspectiva del juicio por venir, está rechazando ese mensaje como si no le fuese dirigido.

Quizá piensa usted que no tiene ninguna necesidad. No podemos más que advertirle de forma apremiante que su camino de propia justicia le conduce a la perdición. Póngase, pues, a la luz de Dios y véase tal como es. Cambie de dirección, arrepíentase mientras aún hay tiempo.

Pero si usted acepta el veredicto de Dios en el sentido de que está usted muerto en sus delitos y pecados (Efesios 2:1), apartado de la fuente de vida, entonces escuche también su proclamación de gracia.

La fe que recibe el don de Dios

«¿Y qué debo hacer –preguntará usted– para obtener su perdón?» ¿Qué hacer? Nada. No podemos hacer nada; sólo tenemos que creer. La gracia es un don libre que no requiere nada a cambio (Romanos 4:3-5). «Hacer» es el vocablo del hombre orgulloso, quien no quiere convenir en que su incapacidad es total y querría añadir algo de él mismo a la obra perfecta de Dios. «Creer» es, por el contrario, el vocablo de Dios, quien repite incansablemente: «¡Cree! ¡Cree solamente!».

- “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hechos 16:31).
- “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Romanos 10:9-10).
- “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36).
- “Por medio de él (Jesús) se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree” (Hechos 13:38-39).

- “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Romanos 3:28).
- “Sabendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado” (Gálatas 2:16).
- “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no (proviene) de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8-9).
- “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1).

Jesús mismo afirma:

- “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).
- “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna” (Juan 6:47).
- “Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna” (Juan 6:40).

Tal es la simplicidad del Evangelio, el que es “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16).

¿Tiene usted todavía algunas dudas? Escuche la conclusión que el apóstol Juan da a su evangelio: “Pero éstas” –todas las cosas que Jesús ha hecho y dicho– “se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31); y aquella que da a su epístola: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna” (1 Juan 5:13).

Evidentemente, creer en Jesús, creer “en su Nombre”, no es solamente tener por verdadero que vivió en la tierra, que murió en la cruz, y admitir el pensamiento general de que ello fue para salvación del mundo; es poner en él toda su confianza; es apropiarse para sí mismo lo que él es y lo que hizo; es aplicar a su propia condición de pecador perdido el valor de Su sacrificio, la virtud de su sangre vertida.

¿Qué precio tienen, para el alma sedienta de perdón, las declaraciones tan claras de la Palabra respecto a la eficacia de la sangre de Cristo?

- “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).
- En Jesucristo, el Amado, “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Efesios 1:7).
- “Fuisteis rescatados... con la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:18-19).
- “La sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas” (Hebreos 9:14).

La sangre vertida es la vida quitada, es la muerte. La virtud de la sangre de Cristo, la eficacia de su muerte es ésta: por su sangre somos purificados de todo pecado, justificados, redimidos. Es la parte segura de todos aquellos que creen; “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Romanos 3:24-25).

Ojalá pueda usted unir de todo corazón su voz al himno de todos los redimidos: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre... a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 1:5-6).

LA VIDA ETERNA

Una vida nueva

La fe en el Señor Jesús, “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25), nos asegura no solamente que estamos al abrigo del juicio, que no pereceremos, sino también que desde ahora tenemos la vida eterna. Jesús dijo: “Es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14-16). El creyente nace a una nueva vida. La vida eterna que recibe no es solamente una existencia sin fin, sino también la vida divina en él, y eso desde su conversión. Nicodemo, un jefe de los judíos a quien Jesús hizo las declaraciones que acabamos de citar, reconocía en él a un maestro venido de Dios. Pero esta afirmación, en aquel momento, no provenía todavía de una verdadera fe. Más bien, Nicodemo se basaba en su propio juicio. Por eso Jesús le dice: “De cierto, de cierto te digo, que el que no

naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios... Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:2-3, 5, 7).

Nacido de nuevo

En efecto, Dios no se contenta con borrar los pecados cometidos por nuestra vieja naturaleza –a la que su Palabra llama “la carne”, y que no puede producir otra cosa que el mal– sino que nos da otra vida, otra naturaleza. Hay un nuevo nacimiento operado por la Palabra –simbolizada por el agua– y por el Espíritu Santo. La Palabra de Dios, aplicada al alma por el Espíritu de Dios, despierta nuestra conciencia, suscita en nosotros la fe, nos lleva al arrepentimiento, nos hace pasar de la muerte a la vida, crea en nosotros un nuevo ser: “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23). “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo” (2 Corintios 5:17-18; Gálatas 6:15).

Aquel en quien Dios obró así para salvación tiene desde entonces otros pensamientos,

otras aspiraciones, otro objeto para su afecto: el Salvador, quien sufrió y murió por él. Como lo afirmaba Jesús a Nicodemo, este nacimiento nuevo es una necesidad absoluta. El cambio producido en aquel que nació de nuevo manifiesta la realidad de su fe en Cristo.

EL FAVOR DE DIOS

Justificado, hijo muy amado

El creyente, lavado de sus pecados, nacido de nuevo, se encuentra a partir de entonces en una posición muy segura. Es liberado de la culpabilidad que pesaba sobre él, pero, más aún, es justificado positivamente, declarado justo. Por la fe ve en Dios a un Dios Salvador que, al resucitar a Jesucristo de entre los muertos, dio prueba de que la expiación cumplida en la cruz satisfizo plenamente las exigencias de su santidad. Esta fe del creyente le es contada “por justicia”, ella lo hace “justo” ante Dios (Romanos 4:22-25). Dios nos identifica con su Hijo: “Al que no conoció pecado” (Cristo), “por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). El propio Cristo es nuestra justicia: “Cristo Jesús, el cual nos

ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Corintios 1:30).

“Justificados, pues, por la fe, tenemos **paz** para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1), una paz segura que Dios nos otorga con justicia. Mejor todavía, por Cristo “también tenemos entrada por la fe a esta **gracia** en la cual estamos firmes” (Romanos 5:2). Por la sangre de Cristo hemos sido hechos cercanos a Dios (Efesios 2:13), y hasta colocados en la más estrecha proximidad: Dios nos ha “predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (Efesios 1:5-7). Nos ha adoptado como hijos suyos. “Nos hizo nacer por la palabra de verdad” (Santiago 1:18). Somos nacidos de él: “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios” (1 Juan 5:1). Cristo vino a su pueblo Israel, pero no fue recibido; “mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:12-13). “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo

Jesús” (Gálatas 3:26). “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios... Amados, ahora somos hijos de Dios” (1 Juan 3:1-2).

“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:17). Jesús “el Autor” de nuestra salvación, por quien hemos sido santificados y llevados como hijos a la gloria, no se avergüenza de llamarnos “hermanos” (Hebreos 2:10-11). Su primer mensaje para sus discípulos después de su resurrección es formal: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17).

EL ESPÍRITU SANTO EN EL CREYENTE

El Espíritu de adopción

Esta gloriosa posición de hijo de Dios tiene como consecuencia la recepción del Espíritu Santo: “Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo” (Gálatas 4:6). El Espíritu de Dios, quien habita en nosotros, nos hace entrar en la plena libertad de esta relación filial: “Habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos:

¡Abba, Padre!” (Romanos 8:15; Abba, palabra aramea no traducida: forma cariñosa de la palabra padre, como «papá»).

El vínculo

El Espíritu une a los creyentes en un solo cuerpo con Cristo (1 Corintios 12:13). Por medio de Cristo “los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:18). En el Señor somos “juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:22).

La unción

Dios nos ha ungido con el Espíritu como con un aceite de consagración para servirle, para conocer las cosas profundas de Dios, para recibir y comunicar sus pensamientos (2 Corintios 1:21; 1 Corintios 2:10-15; 1 Juan 2:20, 27).

El sello

“Dios... nos ha sellado” (2 Corintios 1:21-22). “Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”; el Espíritu Santo “con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Efesios 1:13; 4:30). Dios ha puesto así su Espíritu

sobre nosotros como un sello, una marca indeleble de que procedemos de Él y somos suyos por los siglos.

Las arras

Dios “nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones”. “Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu” (2 Corintios 1:22; 5:5).

El Espíritu Santo de la promesa “que es las arras de nuestra herencia” (Efesios 1:14). El Espíritu Santo, en nuestros corazones, es a la vez una garantía y un anticipo de nuestras futuras bendiciones en la gloria.

La santificación

Esta presencia del Espíritu Santo en el creyente impone una separación práctica del mal. ¿“Ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Corintios 6:19-20).

El poder

El que ha sido rescatado por Cristo tiene naturalmente el deseo de vivir para su Señor.

Desgraciadamente, no tarda en experimentar que en sí no tiene ninguna fuerza para llevar una vida santa y pura, de manera que el bien que quiere, no lo practica; el mal que no quiere, lo hace (Romanos 7:19). Hay en él un nuevo hombre, nacido de Dios, que no peca (1 Juan 5:18); pero subsiste también en él la naturaleza pecadora, el viejo hombre, “que está viciado conforme a los deseos engañosos” (Efesios 4:22). Debe aprender por medio de la experiencia y de la enseñanza de la Palabra:

- que en él, es decir, en su carne, no mora el bien;
- que en el viejo hombre (no en el nuevo) mora todavía el pecado;
- que en él no hay ninguna fuerza para reprimir esa vieja naturaleza (Romanos 7:14-23).

Y cuando, habiendo experimentado su completa incapacidad, es llevado finalmente a implorar el socorro (Romanos 7:24), aprende que lo que le era imposible, Dios lo ha hecho por él, pues esa vieja naturaleza que tanto hace sufrir al nuevo hombre, y de la cual no puede deshacerse, Dios le dio muerte en la cruz con Cristo (Romanos 6:5-6; Gálatas

2:20). Dios lo dice y el cristiano no tiene más que creerlo. Ya no tiene más que mantener a su viejo “yo” en el lugar que Dios le ha dado, es decir, en la muerte: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros” (Colosenses 3:5).

Como no tiene en sí ninguna fuerza para hacerlo, Dios ha puesto a su disposición un poder victorioso: el Espíritu Santo que él le ha dado y que habita en el creyente: “Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13). “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gálatas 5:16). Dios nos libera así del poder del pecado, después de habernos liberado de la condenación merecida por nuestros pecados.

LA INTERCESIÓN DE CRISTO

Por otra parte, en el lugar de gloria donde entró, nuestro Señor Jesucristo continúa en favor de los suyos su incansable actividad. “Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios... intercede por nosotros” (Romanos 8:34). Ahí cumple la doble función de sumo sacerdote y de abogado.

Cristo, nuestro Sacerdote

“Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión (la fe que confesamos). Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Él jamás pecó) (Hebreos 4:14-15).

“Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos” (Hebreos 7:25-26).

“No entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:24).

Jesús, nuestro sumo sacerdote, se ocupa, por medio de su potente socorro, en que nuestra conducta aquí abajo, a pesar de nuestra debilidad, esté en armonía con la perfecta posición que su obra nos consiguió ante Dios. Es la salvación diaria que en nuestro andar encontramos en él.

Cristo, nuestro Abogado

“La sangre de Jesucristo su Hijo nos purifica de todo pecado”.

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

“Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 1:7, 9; 2:1-2).

De parte de Dios tenemos todos los recursos para vivir separados del mal y andar como Jesús anduvo. Pero si, por negligencia, incurrimos en alguna falta, si pecamos, nuestra comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo se ve interrumpida. Permanecemos hijos de Dios, pues ese título no puede sernos quitado; pero, como hijos desobedientes, no gozamos más de la libertad feliz en la cual nos encontrábamos con Dios. Jesucristo, como un abogado, toma entonces nuestra causa entre sus manos: despierta nuestra conciencia por medio de la Palabra, nos revela nuestro estado, nos empuja al arrepentimiento, nos lleva a la confesión de nuestras faltas y vuelve a dar a nuestra alma turbada la apacible y bendita felicidad de las relaciones filiales con Dios; y todo

eso en virtud de la obra por la cual nos ha constituido justos de una vez para siempre. Así, nos libera de las consecuencias actuales de nuestros desfallecimientos.

LA SALVACIÓN FINAL

Creyentes, ante nosotros tenemos una última liberación. De los cielos “esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:20-21). Como lo presentan varios pasajes de las Escrituras, poseemos, desde ahora, por la fe, la salvación de nuestra alma (1 Pedro 1:9); pero en la cruz fue pagado el rescate de todo nuestro ser, y esperamos la liberación, la redención de nuestro cuerpo (Romanos 8:23-24). Vamos a ser llevados lejos de esta tierra de miseria y de combate a las moradas eternas, vestidos de cuerpos dignos de esa residencia gloriosa. En ella “no entrará... ninguna cosa inmundada, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:27). Es la

gran salvación final. Seremos liberados incluso de la propia presencia del pecado. Seremos semejantes a nuestro Salvador, y estaremos todos juntos para siempre con él.

Ésa es la esperanza del cristiano, su consuelo en los días de luto. Cuando los creyentes se duermen en Jesús, sus cuerpos vuelven por algún tiempo al polvo, pero sus espíritus entran en el reposo junto al Salvador. “Ausentes del cuerpo”, están “presentes con el Señor” (2 Corintios 5:8). El apóstol Pablo estimaba que “partir y estar con Cristo... es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23). Es la felicidad que Jesús aseguraba en la cruz al malhechor arrepentido: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43).

Pero este bienaventurado estado no es más que una espera de bendiciones más elevadas todavía. Pronto va a cumplirse la promesa del Señor: “Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo” (Juan 14:3). La Palabra nos precisa cómo se desarrollará esta próxima venida de Jesús para llevarse a los suyos: “El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente

con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:16-17). Este acontecimiento está muy cerca: “¡He aquí, vengo pronto!” (Apocalipsis 22:7, 12, 20). Nosotros mismos seamos, pues, semejantes a siervos que esperan a su Señor (Lucas 12:35-40). Apliquémonos constantemente a ser como él desea encontrarnos a su venida.

He aquí viene Aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, el cual llevó nuestros pecados en su cuerpo en la cruz y nos libró de los tormentos eternos al precio de sus sufrimientos, Aquel a quien nuestra fe ha asido como un perfecto Salvador, Aquel en quien tenemos la vida eterna, quien nos ha hecho cercanos a Dios como hijos muy amados, Aquel cuya elevación a la gloria nos ha valido el envío del Espíritu a nuestros corazones, Aquel que cuida de nosotros a lo largo de todo el camino, como un Pastor cuyo rebaño le es querido.

Miremos juntos arriba, todos nosotros, sus rescatados, los que formamos su Iglesia, su esposa por la eternidad, y digamos con corazones unánimes: “Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:17, 20).